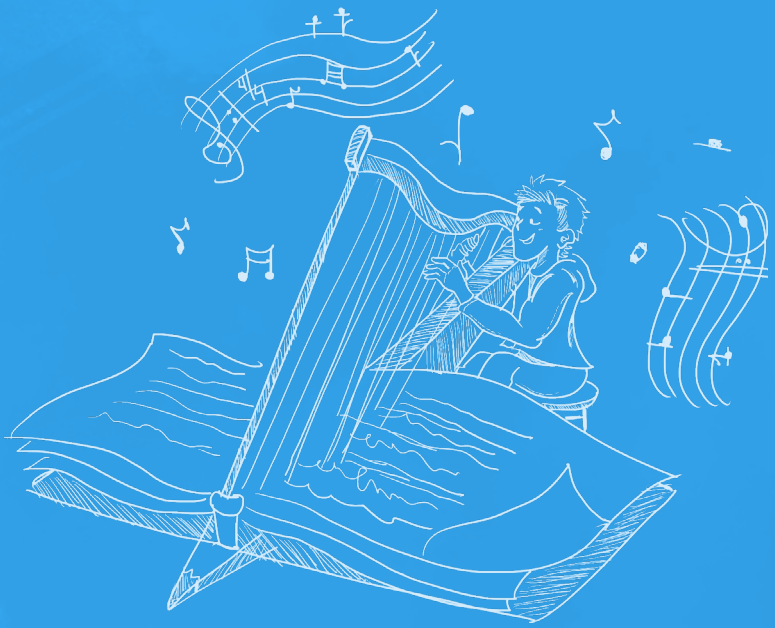
POLIFONÍA OCULTA - Serie Talleres Virtuales

POLIFONÍA OCULTA



Cuentos del taller virtual
dirigido por Cronwell Jara

POLIFONÍA OCULTA

Cuentos del taller virtual
dirigido por Cronwell Jara

Serie
TALLERES VIRTUALES

Primera edición virtual, FCE, Perú, noviembre 2020

Distribución mundial

© 2020, Antonio Eslava
© 2020, Camilu
© 2020, Carlos Steven Paredes Jara
© 2020, Claudia Stefanny Ormeño Camacho
© 2020, Cristina Cahuana Rojas
© 2020, Dennis Gonzales
© 2020, Erminda Marta Santillán Mercado
© 2020, Fabricio Gabriel Huaccha Torres
© 2020, Iliana Elcira Romero Giraldo
© 2020, Judith Córdova Alva
© 2020, Karla del Pilar Gil Espinoza
© 2020, Kelly Laos
© 2020, Laurentina Astudillo Agurto
© 2020, Liliana Miranda
© 2020, María Eva Oscco Solórzano
© 2020, Marita Cúneo
© 2020, Miriam Rocio Guevara Garcia
© 2020, Orquídea
© 2020, Pacífico Otamego
© 2020, Quique Sume
© 2020, Saussure Figueroa
© 2020, Yasmany Ccaccaño Vargas

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Cronwell Jara Jiménez
Producción: Productora Odiseo
Diseño y diagramación: María Adelaida Turpo Córdova
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © María Adelaida Turpo Córdova

ISBN: 978-612-4395-24-6
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-00712

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

Presentación.....9
Prólogo.....10

Antonio Eslava
NOCHE BUENA (1972) 14

Camilu
EL ESPEJO.....19

Carlos Steven Paredes Jara
LA MANCHA 25

Claudia Stefanny Ormeño Camacho
LA MAMITA DE TESHY 28

Cristina Cahuana Rojas
CÍRCULO.....33

Dennis Gonzales
INOCENTES 37

Erminda Marta Santillán Mercado
LA OTRA 39

Fabricio Gabriel Huaccha Torres
GANAS DE DORMIR.....42

Iliana Elcira Romero Giraldo
HERMANITO 46

Judith Córdova Alva
GOLONDRINA 50

Karla del Pilar Gil Espinoza
MI CHAQUIRITA 54

Kelly Laos
EL HUMO DE GUTENBERG.....57

Laurentina Astudillo Agurto
EL CÓDIGO DE LA MUERTE 64

Liliana Miranda
EL OLOR DE LA SELVA 70

María Eva Oscco Solórzano
LA AGONÍA.....75

Marita Cúneo
DESVELO 81

Miriam Rocio Guevara Garcia
POLIFONÍA OCULTA 83

Orquídea
LA BELLEZA DE VIVIR 86

Pacífico Otamego
NEKO 90

Quique Sume
CHOCO.....92

Saussure Figueroa
RODRÍGUEZ.....95

Yasmany Ccaccaño Vargas
LOS ENFERMOS.....100

Cronwell Jara

Nació en Piura, 1951. Es Licenciado en Literatura por la UNMSM. En 1983, laborando en el Instituto Nacional de Cultura, representó a Perú en el Encuentro de Jóvenes Artistas Latinoamericanos, organizado por Casa de las Américas en La Habana, donde hace amistad con Mario Benedetti y otros narradores latinoamericanos de este calibre. Viajó a Brasil en 1987, buscando especializarse en guiones de telenovelas. Ha recorrido el Perú, desde 1985, dirigiendo su TALLER ITINERANTE DE NARRATIVA BREVE invitado por diversas universidades e instituciones culturales durante estos últimos 35 años. Es autor de "Las Huellas del Puma" (cuentos), "Babá Osaím, cimarrón, ora por la Santa muerta", "Patíbulo para un caballo" (novela),"Agnus Dei" (cuentos), "Esopo, esclavo de la fábula", "Las ranas embajadoras de la lluvia, 96 relatos recopilados en la Isla de Taquile" (en coautoria con Cecilia Granadino), "Faite" (novela), "El Manifiesto de las Jodas" (176 relatos). Tiene en imprenta, por editar, una nueva novela sobre el patio de letras de San Marcos. Ha escritos poemarios y muchos cuentos para niños.

Primer premio de Cuento en el concurso "José María Arguedas" (organizado por el Instituto Peruano—Japonés), 1979, con el relato Hueso Duro; Primer Premio "ENRAD—PERU, Cuentos para TV", 1979, con El Rey Momo Lorenzo se venga; Primer PREMIO COPE de Cuento, 1985, con La fuga de Agamenón Castro; Primer Premio en la III Bienal del Cuento Infantil ICPNA 2008, con Ruperto, el torito saxofonista. Obtuvo el Premio Casa de la Literatura Peruana 2019, en reconocimiento a toda su obra.

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia de la COVID-19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo

Más se escribe con el hacha que con la lapicera… Era la confesión sincera y el lema del escritor mexicano Juan Rulfo, autor de El llano en llamas (cuentos) y Pedro Páramo (novela); también en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (novela) nuestro inolvidable José María Arguedas confesaba: *escribo como un artesano* (en el oficio de la arcilla). Vale decir que Arguedas cuando soltaba la pluma escribía o se sentía como peón u obrero de la palabra.

Son en esencia dos sabios consejos. Y serán desde hoy —para quienes nos iniciamos en el cuento— las reflexiones que en definitiva guiarán nuestra pluma. De hecho que, quienes nos sentimos arguedianos, escribimos con la convicción de que el acto creativo no es un fenómeno profesional, algo forzado, y que deberíamos realizar con horario de trabajo. No. Porque Arguedas recomienda lo contrario. El

acto de escritura debería ser por sentimiento de amor con la palabra. Sin horarios. Y con la mayor humildad como lo hace el artesano con su arcilla.

Pues cuando se ama, se está enamorado, cualquier instante es urgente e imprescindible. Porque para volcar nuestros sentimientos no necesitamos horario especial. Los pájaros en la rama, con amor, se entregan en cantos y aletazos en el momento más inesperado. Seamos pues como esos pájaros al escribir y producir lo nuestro. Que nuestra pluma vuele como esas aves.

Algo prodigioso y deslumbrante. Y lo que resulte de ese amor al llegar a este mundo sea motivo de correcciones, atendiendo defectos, extravíos, afinando virtudes. Tratemos que el hijo sea hechura de lo mejor de este mundo. Posea los más nobles sentimientos. Y que guarde en su corazón las mejores filosofías, inteligencias, nobles propósitos, trascendentes reflexiones. Debería ser así el cuento, el hijo que queremos. Una utopía de lo perfecto. Y aunque sabemos que lo perfecto no existe, jamás se vería mal pretenderla.

Y aquí entonces aparece el consejo de Rulfo. Has hecho tu primer cuento, como él hizo los suyos; pues bien, ahora: ¿qué nos queda? ¡Trabajarlos! Porque una vez hecho el cuento debemos aplicar el hacha, es decir, cortando las ramas, o mejor: las palabras, adjetivos y frases demás en el cuento.

Los cuentos que enseguida mostraremos son, en parte, ese resultado; algo en proceso no solo de escritura, también en proceso de aprendizaje en el dominio de las técnicas y de todos los secretos a descubrir en este artesano oficio de crear cuentos.

Y por lo que se puede avizorar, para ser cada uno de esta antología, el primer cuento escrito por cada autor, puedo augurar que los logros más certeros no estarán lejos. Ahora lo que sigue será ejercitar la fantasía, caer en la fascinación de inventar tramas, personajes, diálogos, basándonos en las sugerencias y recomendaciones dadas en cada sesión. Pero ejercitar igual la fantasía: leyendo a los autores clásicos, meditando cada trama, situaciones dramáticas, diálogos

y personajes; hasta asimilarlos y entender que también podríamos crear lo nuestro, con nuestra propia experiencia y padecimientos. Eh ahí lo mejor que sigue. Total, los narradores de hoy, cuando se trata de genialidades, no son más que el resultado de haber asimilado a los anteriores. Así fue Vallejo, Ciro Alegría, Ribeyro. Así se crean las grandes literaturas. Así se hacen los genios. Se agigantan en la medida que han absorbido la esencialidad y el espíritu de los anteriores.

Felicito a cada uno de los participantes de este Taller de cuentos. Fue muy grato apreciar sus tanteos en los ejercicios de escritura, afinando diálogos o precisando personajes. Y por cierto que sí hay talentos y predisposiciones. Claro que en unos más que en otros. No hay por qué negarlo. La actitud recomendable será desde ahora perseverar, crearnos una obsesión, un oficio, afilar el hacha o amasar bien la arcilla, persistiendo en este hermoso deseo: tratar siempre de crear el mejor cuento. ¡Ir a ganador! Desear que tu cuente nuevo sea la mejor historia escrita en el mundo.

Cronwell Jara J.

NOCHE BUENA (1972)

Antonio Eslava

A las cinco de la tarde, el alcaide Góngora abrió el portón del penal y salieron catorce presos, unos entusiasmados, otros incrédulos, perdiéndose rápidamente por las calles y esquinas.

—Señor ¿y si no vuelven? —Preguntó con desconfianza el suboficial Alfonsino.

—Esto a mí me parece una estupidez. No voy a estropear mi carrera. Lo denunciaré inmediatamente —expresó el superior Mendieta.

—¡Firmes, carajo! —Clamó el alcaide Góngora—. Los prisioneros me dieron su palabra y a las cuatro de la mañana estarán acá. Ustedes también vayan a sus casas y nos encontramos a las dos.

Media hora después, la madre y hermanas del alcaide llegaron al penal y arreglaron la oficina de este para recibir la nochebuena. Analucía colgó guirnaldas en las paredes y María José tendió un

inmaculado mantel perla en el escritorio. Sobre este, alrededor de un lechón y un termo con chocolate, la señora Mercedes llenó los azafates con empanadas, pasteles, bizcochos y merengues.

A las once, rezaron un rosario y luego cenaron al calor de anécdotas y recuerdos.

—Hijito, vamos a repartir las empanadas a los presos —dijo doña Mercedes, acomodando aprisa su canasta—. Ven ayúdame.

—Mami, les entregaré en el desayuno —respondió Góngora—. Déjalos ahí.

—Pero todos los años entramos a esta hora. Se van a enfriar.

—Mami, les he pedido a los presos que pasen nochebuena en sus casas y regresen a las cuatro. Sin un gesto de confianza como este no sabré si mi trabajo ha valido la pena. La sociedad quiere a sus presos arrepentidos, pero no es capaz de tenderle la mano ni siquiera a uno.

—¡Dios santo!, hermanito, ¡qué dices! —Exclamó María José antes de derrumbarse en la silla—. ¿Y si no vuelven? Mami dile que no bromee, por favor.

A la una, sumido en pánico, regresó el suboficial Alfonsino y halló a la familia de Góngora pensando sabe dios en qué. Miró con intriga a su jefe, pero este señaló su reloj, le requirió calma y caminó hacia la ventana donde prendió un cigarro a la luz de la luna.

A las tres y media tocaron el portón y todos se levantaron de un salto, peleándose por abrir. Eran cinco presos que por fin destrabaron el aliento de los Góngora.

Al asomar el sol, habían regresado trece hombres que no querían dormir sin antes contar sus encuentros.

A las siete llegó el superior Mendieta y pasó de frente a los calabozos.

—Nunca habría imaginado que un solo preso, uno solo, regresaría —dijo Mendieta—. Con los años que le queda a esa gente en la cárcel, lo que usted hizo fue una locura. Pero igual voy a tener que dar parte a la penitenciaría porque no ha regresado Max Mendoza.

—¿Máx Mendoza? —preguntó el suboficial Alfonsino—. A Max le quedaban algo de doce años, pero considero que antes de dar parte, mejor nos organizamos y lo buscamos ¿no?

—No —dijo Mendieta y salió del penal con un evidente entusiasmo y rapidez.

La tarde anterior, Max había caminado del penal a su casa por esas calles desconocidas donde el tiempo había transcurrido como las aguas de un río que nunca son las mismas dos veces. La puerta de su casa ya no se abría con un empujón. Al llamar, salió su hermano, pero no le ofreció ni una sonrisa ni un abrazo. En la soledad de la media noche, esquivando familias unidas, sufrió, pensó, se resignó, se repuso y sacó valor para ir donde sus padres.

—¡Jefe Góngora!, ¡jefe Góngora! —Gritaba Alfonsino por los pasadizos y aquel salió de su oficina asustado—: ¡Max ya regresó! acaba de entrar al pabellón.

En la nochebuena del setenta y dos, Max se había dormido en la vereda del cementerio Santa Marta esperando que amanezca para entrar con unos claveles en mano a rogarle a sus padres que perdonen sus errores e intercedan ante Dios para que al jefe Góngora nunca le falte una feliz navidad en su vida.

EL ESPEJO

Camilu

Ocurrió hace mucho tiempo en el castillo de Norwich, Inglaterra. Yacía el rey Federico VIII, sentado en su trono con una expresión triste, y en sus brazos llevaba a una pequeña bebé, que sonreía sin saber lo que había sucedido.

—Lo siento —susurro el rey.

La reina había muerto. El castillo junto con el reino se sumió en una extrema tristeza incluyendo animales y plantas.

Los escritores se quedaron sin imaginación, los bailarines sin pasión y los cocineros sin sazón. Los animales caminaban pesadamente sobre la tierra, las vacas dejaron de producir leche y las bluebell que crecían en los alrededores, flores hermosas de color azul—violeta con pétalos suaves y un tallo fino, se marchitaron.

Después de dieciséis años, el reino estaba siendo invadido poco a poco, pero a nadie le importaba ya que seguían teniendo la misma tristeza de antes o aún peor.

Entre uno de los angostos pasillos del castillo se encontraba sentada una chica de cabellos castaños y ojos pequeños pero profundos, cuyo nombre era Lila. Ella se encontraba mirando a través de una pequeña ventana el hermoso cielo azul, pero saben ella era la única que lo veía así. Giró su mirada, se encontró ante una puerta angosta, color marrón, que al tocarla se podía sentir las diferentes emociones que se perduraron desde tiempo atrás. Cuando se disponía a abrir la puerta, escuchó los gritos desesperados de su padre. La puerta desapareció.

—Corran, llévensela de aquí y no regresen —exclamó el rey tomando un escudo y una espada.

—Mi rey la protegeremos, aunque nos cueste la vida —habló la nodriza de Lila, que protegió el linaje de mujeres de toda la familia desde los tiempos en que se fundó, se retiró haciendo una reverencia.

Los sirvientes corrían por los pasillos para poder salvarse. La nodriza cuyo nombre era Ángela, estaba siendo perseguida por vikingos que llevaban espadas y antorchas.

—Ungh! —Gimió de dolor el rey al sentir como una espada atravesaba su estómago, cayó sobre la alfombra roja que tenía a sus pies, se quedó en el suelo desangrándose poco a poco.

Lila, su nodriza y los caballeros se encontraban rodeados. La puerta volvió aparecer, se adentraron en ella y comenzaron a correr. Pararon al ver que nadie las seguía, visualizaron el hermoso lugar donde se encontraban, estaba repleto de bluebells, lo curioso del lugar era que no tenía color. Al medio de todo había un espejo hermoso y enorme, sus bordes eran dorados y había perlas incrustadas en ellos.

Lila se acercó al espejo, en primera instancia vio su rostro, pero luego este desapareció. Pudo ver el gran océano a través del espejo, vio a una mujer hermosa de pelo rubio, que al verla Ángela quedó en shock. La joven no pudo evitar poner su mano en el espejo, la mujer rubia tomo su mano y la jaló adentrándose en el espejo.

Ángela intentó pasar, pero no logró hacerlo, el espejo dejó de reflejar el océano y delante de la nodriza apareció un reloj de arena.

Caminaban como dos bellos ángeles en la arena, parecía que flotaban.

—¿Quién eres? ¿Por qué siento como si te conociera de toda la vida? —Susurró Lila.

La rubia solo sonrió y a lo lejos se veía un castillo enorme, Lila lo reconoció al instante, era su hogar, pero tenía algo diferente estaba lleno de vida. El olor fresco del pan que anunciaba que estaban listos, los niños sonrientes jugueteaban por ahí, enamorados amándose a cada instante, gitanos contando sus historias. Observó todo el reino, las personas eran felices y eso solo lo había visto en sus sueños.

Dos jóvenes bailaban al compás de la música en la plaza, desprendían amor. Lila intentó ver sus caras, pero solo visualizó a la rubia. De repente se encontró en una cueva e ingresó por ella. Vio un hermoso campo y a los dos enamorados sentados esperando el atardecer.

Lila alzó la mirada y pudo ver el rostro de aquel joven. Era su padre y estaba tocando el banjo acompañado de muchos caballeros quienes

llevaban rosas y regalos carísimos en sus manos. La mujer rubia que no vestía elegantemente, se acercó a él alegremente, mi padre se arrodilló y sacó un anillo.

—¿Ana te casarías conmigo? —Exclamó el joven, la rubia asintió y cuando se besaron Lila dio cuenta de que aquella mujer era su madre. Intentó acercarse, pero no pudo. Parpadeó y luego visualizó como su padre esperaba con su mejor traje en las orillas del mar a aquella mujer. Todo el pueblo se encontraba allí. Su madre se encaminó al altar con su hermoso vestido hecho de seda, no llevaba zapatos al igual que el padre de Lila. La ceremonia concluyó.

Una puerta se abrió ante sus ojos y se dirigió a ella sin pensarlo. Ahora la princesa se encontraba dentro del castillo, los sirvientes corrían despavoridos, pero la nodriza en dirección opuesta a ellos, la seguí. Llegó a la habitación del rey, que estaba bloqueada y había una pequeña ventana. Por ahí se asomó la reina, instantáneamente derramó millones de lágrimas. Desconsolada solo vio cómo la habitación se volvió cenizas, incluyendo a la reina.

Días después el rey Federico VIII llegó de un viaje, al enterarse de la noticia se sumió en una infinita depresión, se sentó en su trono y tomó entre sus brazos a la pequeña princesa. El rey descuidó el reino y este se sumió con él en la depresión.

Un agujero negro se abrió a los pies de la heredera, empezó a caer y volvió al principio donde se encontró con la misma mujer. La abrazó y dejó su corazón en él.

—Tu padre ha muerto y el tiempo aquí se ha agotado —le susurró al oído y la abrazó muy fuerte. Lo único que hizo Lila fue llorar lo más fuerte que podía. Así fueron sus últimos y únicos segundos con su madre dónde lo dejó todo.

Desapareció. Todo desapareció. Volvieron al pasillo dónde se encontraron en primera instancia con su nodriza y los caballeros. Los vikingos estaban ahí, armados y dispuestos a matar.

LA MANCHA

Carlos Steven Paredes Jara

La imagen fugaz de la cama de un hospital desapareció en el momento en que la negrura la cubrió por completo. Tardó en hacer que sus dedos entumecidos recobren movilidad. Levantarlos era como poseer un yunque de cien kilos atado a cada falange. Con el rostro reflejado de dolor levantó el brazo; y al tocar la superficie dura, gritó.

Rasgó, golpeó, pataleó; se movió tanto como el reducido espacio se lo permitía. Presa, se preguntaba si morir enterrada viva era lo peor que le podía suceder a alguien.

Tratar de recordar cómo había terminado allí era inútil, pues hasta su identidad y todo recuerdo de su vida habían sido eliminados de su cerebro.

El miedo la invadía, y sin embargo, una terrible tentación de abrir los ojos y mirar, reptaba por el vientre hasta subírsele al pecho. Aterrada y contra su voluntad, los párpados fueron abriéndose… Y en la negrura vio la mancha.

Oscura; de un negro resplandeciente, resaltaba en la oscuridad que la envolvía.

—¡Estoy viva! ¡No estoy muerta! —Gritó.

Desaparecer había sido su único anhelo. En el hospital lograron hacerle un lavado, quitándole todo el veneno; pero claramente se habían confundido al declararle muerta.

—¡Auxil…! —Se cayó, dejando que la palabra sin terminar se perdiera en su prisión y los golpes cargados de recuerdos continuaran martilleándole. ¿En verdad quería ser rescatada? ¿No había buscado desde hace mucho morirse? El dolor, las deudas, el fracaso, el amor. A las finales, volvería a intentar suicidarse; así que, ¿qué importaba esperar un poco más?

Un crujido interrumpió abruptamente su decisión. Una luz proveniente del desgarro de la mancha atravesó todo el lugar y la cubrió por completo. «Estoy al otro lado, lo he conseguido», pensó, mientras falanges blancas y largas, provenientes de aquel lugar, salían y se enroscaban a su alrededor, elevándola hacia ese resplandor.

—¡Lo he conseguido! ¡He cruzado! ¡Finalmente yo…! —Calló. Las lágrimas se enfriaron y una verdad asomó ante sus ojos. Lo que había delante no era *El otro lado*, donde se encontraba no era el limbo y ella no estaba muerta.

Había recordado su destino, y ya era tarde para luchar.

La felicidad se transformó en llanto cuando, al abrir los ojos, se encontró rodeada con hombres de batas blancas que la sostenían en sus manos y la acercaban hacia una mujer que, desde una cama, la veía complaciente.

Una nueva vida había empezado, y con esta toda una rutina. Decenas de suicidios y siempre terminaban igual. No había peor castigo que volver a nacer.

LA MAMITA DE TESHY

Claudia Stefanny Ormeño Camacho

El reloj marcaba las 10:00 p.m. y Teshy empezaba a quedarse dormida; y no necesariamente en la cama de su cuarto, sino en la cama de su bisabuela.

Aquel día había sido un día cansado, ya que durante todo el día escuchó los desconsolados llantos de sus tíos abuelos, tías abuelas; a diferencia de su abuela, su mamá y tíos, quienes no lloraban; así mismo, escuchó las discusiones que surgieron, después, por la repartición de los bienes, los gastos del velorio y sobre el entierro, que se realizaría el día siguiente.

Teshy se sentía extraña, porque a sus 12 años recién experimentaba la muerte de un ser querido, pues se trataba de su "mamita"; así ella le decía a su bisabuela Teófila. Para Teshy, su mamita era muy importante, debido a que era su compañera de travesuras, por ejemplo, a veces juntas se escapaban para ir a eventos del pueblo; era su confidente, ya que se contaban todos sus

secretos; era su modista, porque desde que Teshy estaba pequeña, su mamita le tejía diversas prendas; la primera que le regaló fue un sombrero, y la última fue una chalina fucsia; así mismo, su mamita era su exclusiva peinadora, ya que ella era la única persona, a parte de su mamá, quien tenía mucha paciencia para peinar y trenzar todas las mañanas y tardes el largo cabello ondulado de su bisnieta Teshy, y obviamente, Teshy era su principal y única clienta, también colega, ya que Teshy también peinaba a su mamita, así como también le pintaba las uñas de colores llamativos para que se sienta más bella. Eran tan cercanas, que la señora Teófila consideraba a Teshy como si fuera su nieta, y Teshy le consideraba su mejor amiga, además de su mamita.

Por ello, esa noche para Teshy significaba un gran cambio para su vida; a pesar de ello, ella no sentía las ganas de llorar, pues su mamita ya le había dicho que ese día llegaría, porque es el ritmo normal de la vida; además, antes de que la señora Teófila deje de respirar, le dijo a Teshy que debería de seguir sus sueños; que estudie la profesión que ella quiera; que nunca deje de bailar las danzas que Teshy le bailaba a ella; que no llore, ya que le prometió que le cuidaría, a pesar

de que la propia señora Teófila no sabía a dónde se iría. Todo eso le dijo con lágrimas en los ojos, mientras se agarraban de las manos, como señal de despedida.

Esa noche, Teshy se quedó dormida mientras recordaba algunos bellos momentos que compartió con su mamita, por ejemplo, las risas descontroladas cuando juntas jugaban ludo o jazz; también recordó cuando se abrazaban fuertemente, según ellas, para que ambas sientan el profundo amor y el cariño mutuo que se tenían. Esa misma noche, cuando Teshy ya estaba en sueño profundo, mira que está llegando a la casa de campo de su mamita Teófila; el día era soleado, y ve a lo lejos, borrosamente, a una persona que está sentada en la pequeña silla anaranjada de su mamita Teófila, por lo que Teshy piensa que es ella, así que decide gritar, con todas sus fuerzas, en tono interrogativo, "mamita", ya que no sabía si era ella o no, aunque estaba segura de que sí era su mamita, ya que aquella señora usaba un sombrero que parecía ser el de su bisabuelita, pero algo no concordaba; ese vestido que usaba la señora no parecía ser el tipo de vestido que solía usar su bisabuelita.

Teshy no recibió respuesta alguna a su llamado, por lo que corrió hacia la silla, y al tocar el hombro de la señora que estaba ahí sentada, la señora se voltea, por lo que Teshy se da cuenta que no es su mamita, era su tía abuela. Al despertarse, Teshy estaba decepcionada, realmente pensó ver a su mamita en sus sueños, pero luego recordó que su mamá le había dicho que su mamita siempre estará con ella mientras que Teshy recuerde los bellos momentos que compartieron, así como las conversaciones que tuvieron; y que no se sienta muy triste por ya no poder verla, ya que su sufrimiento y el dolor de su cuerpo, que tenía aquí en la tierra, ya no lo tendrá mientras descanse.

Después de la misa, Teshy regresó a casa con su mamá y su abuela; Teshy aún se sentía cansada, solo quería dormir, por lo que se fue a acostar en el sillón, y sin darse cuenta empezó a soñar; esta vez, Teshy estaba jugando jazz con sus amigos en la vereda de la casa de su mamita, cuando de pronto oye una voz que le dice que se vaya a duchar para después trenzar su cabello; Teshy carraspea y le dice que espere un ratito más, por lo que la voz le contesta,en tono suave, que se apure

porque ya va oscurecer; cuando Teshy se pone de pie para irse a duchar, aún carraspeando, se sacude el polvo de su pantalón; y al levantar la mirada se percata que su mamita estaba ahí, que su mamita Teófila era quien le estaba hablando, por lo que Teshy le abraza fuertemente de la cintura, y su bisabuela le corresponde. Desde aquel sueño, casi todas las veces Teshy duerme, y sueña que conversa, juega, abraza, ríe y ve a su mamita Teófila.

CÍRCULO

Cristina Cahuana Rojas

Hoy también soñé con su muerte. No sucede siempre, solo a veces. Pero, cuando ocurre mis latidos se detienen, poco a poco pierdo el sentido y mi vida se comienza a congelar. Estoy segura que muero durante varios segundos. Luego, abruptamente recupero la respiración, abro los ojos y él está frente a mí, mirándome con aquel ojo derecho perverso.

Su nombre es Gustavo. Lo conocí en uno de mis tantos viajes cuando cruzaba el mundo por segunda vez y aquel chiquillo decidió sentarse a mi costado en un tren cuyo destino final era Estambul. Ambos estábamos completamente solos en esta vida y por ello, prometimos hacernos compañía en cada capítulo, ya sea negro o blanco de nuestra existencia.

Los días a su lado fueron realmente increíbles. Los disfrutaba y ansiaba su existencia y respiración. Sin embargo, hace un año todo cambio.

¿Cómo te sentirías si tu vida pendiese de un hilo? No es una metáfora, es parte de una historia real. El 13 de julio de 1990 Gustavo cayó de una altura de 15 metros. La cuerda se rompió mientras él practicaba *bungee jump*i en el Cusco.

Sentada frente a mi computadora no entiendo por qué él no murió en ese accidente. Ahora juraría mi alma entera a que debió ser así. Era lo mejor para todos, y aún más para él, ya que el único fragmento de su cuerpo que responde a la supervivencia es su ojo derecho, marrón, cansado y frío.

Sé que prometimos acompañarnos siempre y yo estoy cumpliendo con mi palabra. Estoy aquí para él, aunque su mediocre existencia me consume a diario y me obliga a vivir bajo las riendas de su incorrecta circulación sanguínea.

Insisto, ya no es Gustavo, es otro ser, uno callado, frágil, engreído, egoísta, miserable, canalla. Ya no me agrada.

Recuerdo que el otro día lloré como una tonta frente a su cama, le rogué que hablara, que despertara, que me aliviara el peso de decidir

acerca de su perturbado ápice de vida, pero no me hizo caso. Se burlaba de mí, mientras movía de derecha a izquierda su único ojo, como expresando NO a diestra y siniestra. No fue compasivo conmigo. Así que, preferí apagar la luz y olvidarme de él. Quizás se iría al observar mi enojo pensé.

A la mañana siguiente fui a buscarlo. Él permanecía ahí, taciturno como siempre. Quería golpearlo, pero un aire de misericordia vino a mí y decidí olvidar su mal comportamiento. Lo acaricié y le dije que siempre estaría con él, a pesar de que no era agradecido conmigo. Lo tomé lentamente de las manos y, como un milagro, sentí uno de sus dedos moviéndose. Lo miré y su ojo derecho se abría y se cerraba. Estaba feliz. Nuevamente lloré con él.

Esa noche tuve el primero de mis sueños. Gustavo moría en su cama y yo también en la mía. Mi respiración se apagaba lentamente y no podía evitar. Segundos después abrí mis ojos y él estaba ahí, frente a mí, una y otra vez.

Este episodio trágico se repitió en varias ocasiones, pero él no moría y al parecer, yo sí, varias veces. Por ello, hoy estoy dispuesta acabar con esto.

No me importa si a estas alturas él ya ha recuperado la movilidad en ambos ojos, en los dedos y en los labios. La última vez que lo vi, me sonrió.

Se acabó. Estoy yendo a su habitación. Camino lento, intento no despertarlo. Abro la puerta y está ahí frente a la ventana. Está parado ¿Cómo pudo hacerlo? No me había equivocado, me estuvo engañando durante todo este maldito tiempo. Se ha reído de mí. Maldito insecto.

—¡Gustavo!

De pronto, todo me da vueltas.

¿Qué sucede?, ¿qué hago en la cama?, ¿por qué estoy frente a él?

—Hola, Ana. Soy Gustavo. Hace un mes te ocurrió un accidente. No sabes cuánto lo lamento. Pero, no te preocupes, yo te cuidaré el resto de tu existencia.

Luego apagó la luz y se fue.

Llevo aquí horas sobre la cama y solo puedo mover mi ojo derecho.

INOCENTES

Dennis Gonzales

La llama reunió a todos los animales de la granja para contarles lo que había visto: el humano había estado afilando sus cuchillos por la tarde. Sabían que al día siguiente el humano iba a querer comer carne.

—No me va a comer a mí, dijo la alpaca. Le voy a seguir dando pelo para sus trajes.

—No me va a comer a mí, dijo la pata. Le voy a seguir dando huevos.

—No me va a comer a mí, dijo la llama. Le ayudo cargando sus cultivos y juntos los llevamos al mercado.

—Ustedes son tontos, dijo el cuy. Todos aún le son útiles al hombre. En cambio yo ya le he dado varias camadas este año y tengo suficientes hijos, nietos y bisnietos. De seguro que el hombre me va a comer a mí.

Los animales se miraron entre sí y guardaron silencio incrédulos de escuchar al cuy.

Entonces se acercó el perro detrás de ellos y les dijo:

—Sí, el cuy tiene razón. Yo soy el mejor amigo del hombre y lo escuché decir que mañana lo comería frito.

—¿Ya ven? —respondió el cuy. He vivido lo suficiente para no ser un ingenuo. Solo les pido un favor: no se lo digan a mis hijos, ellos aún son inocentes. En cambio yo he visto a mucha de mi familia irse. No culpo al hombre pues nos da buena vida, nos alimenta y nos da cobijo. A cambio de todo esto le damos nuestra carne cuando ya es tiempo para nosotros. ¿No les parece un buen trato?

LA OTRA

Erminda Marta Santillán Mercado

Se acabó. Ya no soportaba más este dominio. Esto no podía seguir más. Ella estaba en cada momento de mi vida, me hostigaba, corregía mis acciones, se reía de mis decisiones.

Me había propuesto enfrentarla y decirle lo que pensaba, que ya estaba harta de que apareciera cuando menos la necesitaba, cuando menos la esperaba. Que me dijera lo que tenía que hacer y me retara a hacerlo. Me estaba volviendo loca. Sentí sus pasos que se acercaban y la perilla de la puerta giró.

—Hola —dijo, con su sonrisa irónica, sarcástica, que siempre me hacía dudar de todas las decisiones que tomaba.

La miré con recelo, con miedo.

—Creo que ya no debes venir más, aunque eres mi hermana, mi amiga, la que está siempre a mi lado, pero la que hace que su voz resuene en mi cerebro, creo que debo tomar mis

propias decisiones, erradas o no, debo ser como ellos querían, una buena niña, no dejarme llevar por lo que siento sino por lo que debe ser.

—Creo no me haces falta —me miró con ternura, como preguntándome—: *¿Qué estás diciendo?*

—Yo siempre voy a estar a tu lado, dentro tuyo, en cada decisión que tomes, porque somos una, no podemos vivir separadas, tus miedos no te dejan vivir, es hora que por una sola vez en la vida te liberes, te sientas capaz de vivir lo que sientes, toda tu vida te han manejado, primero nuestro padre, con su dominio de todos, luego nuestra madre, con su indolencia, para no tener problemas, ya no están, vive, tienes un alma maravillosa, sentimientos tiernos, eres capaz de sentir y vivir lo que sientes, con una inteligencia aguda, fina, no te hundas en el pasado.

Sentí que el mundo se abría bajo mis pies, no encontraba respuesta a su impertinencia, a su dominio sobre mí. Y entonces me dijo:

—El día que no esté dentro tuyo, estarás muerta, soy como tu conciencia —y se desvaneció, ante mis ojos, como lo hacía siempre.

Salí apresurada de mi cuarto, como enloquecida, porque ella me estaba volviendo loca. Me choqué con la casera de la casa, que vio mi rostro desencajado:

—¿Qué pasa, Laura? —Nada le dije, es mi hermana que me atormenta. Y desaparecí de la sala.

Cuando vino Juan, y vio tan preocupada a la casera, le preguntó qué pasaba, y entonces ella le relató la conversación que había tenido con Laura, y que la había dejado muy preocupada.

—Es su hermana que siempre viene y la perturba, nunca la he podido ver, pero veo como deja a Laura, como trastornada.

Juan se quedó un rato en silencio, como si no alcanzara a comprender lo que la casera le decía. Conocía a Laura casi desde la infancia. Señora, dijo: Laura es única hija, y vive aquí desde que sus padres murieron en un accidente cuando iban a recogerla de una fiesta.

GANAS DE DORMIR

Fabricio Gabriel Huaccha Torres

César tuvo un día horrible. Lo habían despedido en su trabajo el día anterior, pues no cumplía con eficacia su tarea de administrador; habían pasado tres años desde que egresó, pero nunca logró algo que tuviese que ver con el oficio que había estudiado; y cuando al fin halló un trabajo decente, los problemas le agobiaban los pensamientos por lo que no acababa de trabajar como debía.

Con sus miles de problemas solo podía mirar a la sucia ventana que proyectaba apenas unos rayos de sol, se lamentaba de estar vivo, se lamentaba de cómo le había ido en la vida hasta ahora, se daba vueltas en su cama una y otra vez intentando dormir, pero ni si quiera eso podía.

Veía la hora en su teléfono, las 4:00 p.m.

—¿Por qué falta tanto para que acabe este día? —Exclamaba César—.

Decidió salir del cuarto donde vivía para dar unas vueltas; se dirigió a un parque cercano de donde vivía. Y se sentó en la banca más lejana del parque donde se puso a mirar el gris cielo a punto de anochecer, cuando en eso sintió una punzada en su espalda. Unos ladrones con una navaja lo habían estado siguiendo desde su casa y finalmente fue asaltado.

Le robaron hasta las llaves y César no supo cómo entrar a su cuarto pues debía dinero de unos cuatro meses al dueño de la casa. ¿Y con qué cara le diría que "perdió" las llaves?

Como decidió caminar, esta vez se dirigió a la playa al menos para distraerse.

Era ya de noche y el cielo solo estaba negro y a duras penas se lograba ver unas cuantas estrellas; como era de costumbre unos cuantos grupos de jóvenes bailaban en la playa al aire libre y César recordó su juventud y cómo festejaba con sus amigos los fines de ciclo en la universidad.

Siguió caminando por la agrietada vereda, entonces César vio un pedazo de papel que parecía un poco de dinero; cuando lo recogió se

dio cuenta que era un billete de lotería, sin nada que perder se dirigió a una agencia cercana para ver si había ganado algo. Cuando entregó el ticket a la señorita, la cual tenía una cara de odiar su trabajo, su expresión cambió notoriamente y mirando a César quedó sorprendida y le dio la noticia. Fue tan enorme la sorpresa de César que lloró sin parar pues había ganado el premio mayor.

Cuando le depositaron el dinero se fue por distintas tiendas cercanas a comprar todo lo que se le diera la gana; pero primero que eso se le vino algo nefasto a la mente, pues tanta fue su obsesión con el poder económico que había obtenido, que sintió la necesidad de ir a la casa de su jefe para orinarse afuera de su casa en muestra de que ya no lo necesitaba.

Su cuerpo consumido por la locura no se controló y al llegar a la casa de su jefe se orinó en la puerta de su casa, se sacó la corbata y la camisa con la cual iba al trabajo y con toda la ira del mundo la tiró en la puerta.

Satisfecho con su delito, César caminaba por las oscuras calles con una sonrisa casi terrorífica pegada en su rostro; al voltear la esquina se

encontró con una bella mujer y César sin pensarlo dos veces le hablo y en el intercambio de palabras decidió invitarla a cenar al restaurante más caro de la zona, ella alegremente aceptó, ya en el restaurante se sentaron en la mesa con vista al mar donde siguieron platicando hasta que los atendieron.

César no podía creerlo había logrado lo que siempre había querido, ya estaba planeando sus próximos planes y como duplicaría su dinero, de pronto observó a la bella dama que inmediatamente con sus rojos labios lo provocaban, le entraron las ganas de besarla y se acercó más a ella. Ya lo estaba haciendo, ya estaba a punto de sentir sus labios —que hasta sentía su respiración y el olor de su perfume barato aunque en esta situación ya no importaba— cuando de pronto vio todo negro y se despertó echado en su cama, había sido un sueño, había dormido al fin en mucho tiempo.

César vio la hora que marcaba su teléfono y eran las 4:10 p.m.

HERMANITO

Iliana Elcira Romero Giraldo

—No le aprietes así por favor —suplicó la madre.

Sin responderle ni mirarla, Gabriel aflojó un poco el abrazo de acero alrededor de Renato.

—Disculpe usted —dijo humildemente la madre a la enfermera que preocupada los observaba —, mi Renato es autista, su hermano me ayuda a traerlo a la consulta.

De pronto, haciendo ruidos guturales Renato mordió la mano de Gabriel, gritando de dolor soltó a Renato quien salió como bala hacia la calle.

—¡Agárrenlo. Por favor. Renato! — Gritó desesperada la madre corriendo tras él. La enfermera raudamente salió detrás de ambos.

Gabriel furioso y adolorido miraba el hilo de sangre aflorando de la herida. Las huellas de los dientes, cicatrices de arañazos y moretones previos

se unían en desorden sobre su piel. *¡Ya se cagó, ahora le pego!* —Pensó con ira. Caminó hacia la calle, con los puños apretados. La enfermera en la puerta, se fijó en Gabriel, miró la herida y pregunto: ¿Tu mano cómo está? ¡Uy! Hay que curarte eso. Gabriel con la boca fruncida y mucha rabia salió dando trancos y apresurado, sin decir palabra.

—Gabrielito, ¿dónde vas? Ayúdame a buscarlo. Se ha perdido — escuchó la voz de su acongojada madre tras él.

—¿Para qué? ¡Mira lo que me hizo ese cojudo! Siempre lo mismo. Claro, yo nunca te importo. ¡Estoy harto de él. Mira mi mano, mira! Tú te largas a trabajar y yo tengo que volver del colegio a cuidarlo, limpiarlo, darle de comer. No puedo salir a jugar, a fiestas, ni nada por su culpa. Me muerde, patea, me tira cosas. ¡Si ese imbécil no regresa mejor! —gritó enfurecido.

—No digas eso, hijito, tú me importas. Por favor, no hables así; es tu hermanito, misma sangre. Trabajo mucho por ustedes —rogó la mujer secándose las lágrimas y estrujando sus manos.

—¡Hasta mi papá nos dejó por su culpa. Los otros chicos se burlan, la gente nos mira; ya me cansé! ¡Que se vaya a la mierda! No quiero verlo más. Me voy con mi tía Sara. ¡Estoy harto que me jodan Uds.! ¡Los odio! ¡Ojalá se muera! — Replicaba airadamente Gabriel.

—Es tu hermanito, Gabrielito. No tiene la culpa, no se da cuenta. No lo hace con maldad — sollozó la encanecida y agobiada mujer, tapándose el rostro.

Gabriel sin inmutarse caminó hasta la casa. "*No tengo porque vivir así, que se joda ella, si se muere ese idiota mejor"*, pensaba al salir con la mochila, tirando la puerta directo al paradero. Empezaba a garuar. Doblando la esquina, divisó a Renato sentado en el suelo, mirando al vacío, sin un zapato ni su chompa, el pantalón mojado seguro de orina. Dos niños le tiraban piedritas y reían burlándose. El viento frío arreciaba.

Gabriel apretó los puños y apresurando el paso le dio la espalda. El bus ya venía. Miró por última vez a Renato, ahora un perro le

ladraba. El bus se detuvo, Gabriel se cogió del estribo. Renato impasible permanecía en el suelo. El bus cerró la puerta y avanzó. Renato miraba sus pies ensimismado.

—¡Párate! —Le dijo una voz dura mientras lo cogían bruscamente por la cintura. ¡Carajo, párate ya te he dicho! —Le gritó Gabriel enojado, de pie frente a él y zarandeándolo.

Renato miró a Gabriel y su rostro se iluminó, sorpresivamente lo abrazó fuerte con una gran sonrisa mientras torpemente balbuceaba: ¡Hermanito! ¡Mi hermanito!- y empezó a aplaudir feliz.

—Vamos —musitó Gabriel con la voz quebrada, los ojos húmedos y su enojo desaparecido.

Bajo la garúa los hermanos otra vez juntos, echaron a andar.

GOLONDRINA

Judith Córdova Alva

Los ojos de la madre de Golondrina me miraban lejanos, detrás de un velo que opacaba su mirada, nublaba su entendimiento y distorsionaba el mundo para ella. Ese velo es el de la pobreza, la desesperanza, la ignorancia y el abandono.

Ciertamente, me irritó que la madre de Golondrina parecía no entender que yo había conseguido la justicia que ella había reclamado para su hija. Al mirarla nuevamente, me di cuenta que esos ojos, que no comprendían bien el mundo, sabían llorar y mucho.

Hace dos días, yo había logrado que lo encarcelaran. Me había sentido muy satisfecha al ver las esposas en esas manos, esas uñas sucias habían profanado la ternura de Golondrina, le habían causado dolor, habían teñido de rojo su infancia y le habían robado la esperanza. Cuando se lo llevaron al Centro Penitenciario, sentí que era una reivindicación, de Golondrina y de todos los pajarillos que, como ella, se quedaron sin voz por la acción de otras uñas sucias.

—Fue una impecable victoria para el Ministerio Público, en especial para una Fiscal tan joven —había dicho mi jefe, el fiscal superior, al felicitarme.

Me había sentido satisfecha con mi trabajo, pero incómoda con los halagos.

Fueron duros meses en los que no tuve noticias del "hombre malo de la aguja" como lo había descrito tantas veces Golondrina: primero, cuando su madre puso la denuncia en mi despacho fiscal; luego, asustada frente al médico legista; una vez más, frente al psicólogo; y nuevamente frente al juez.

Golondrina se había quedado sin voz después de sus relatos. Creo que su vida había quedado en suspenso desde la primera vez que "el hombre malo de la aguja" le causó dolor. Ilusamente, pensé que le devolvería algo de esperanza a Golondrina cuando por fin logré que el juez ordenara una condena y que los policías lo llevaran.

—Usted no me entiende, señora. —le dije a la mamá de Golondrina— ¡Por fin está preso "el hombre malo de la aguja"! Ya se lo llevaron. No va a poder hacerle más daño ni a Golondrina, ni a ninguna otra niña.

La madre de Golondrina me miró y me replicó:

—Usted no me entiende Ahora Golondrina tiene un bebé; "el hombre malo de la aguja" me traía comida para mí, para Golondrina y para mis otros hijos; me daba leche… Y, ahora, no voy a tener nada.

—Pero señora… la justicia…

—Yo solo quería asustarlo para que no le pegue más a Golondrina. Ahora hay hambre, Golondrina sigue triste, el bebé llora.

La mamá de Golondrina se fue, dejándome desconcertada. ¿Cómo era posible? Golondrina tiene solo once años.

Era cierto, no entendía a la mamá de Golondrina; creo que para poder comprender el alcance de sus palabras necesitaba ponerme el velo de sus ojos y sentir su hambre. Cuando se fue, alcancé a ver a Golondrina, que esperaba a su madre afuera del despacho, cargando a un bebé.

Luego miré mis uñas y estaban sucias.

MI CHAQUIRITA

Karla del Pilar Gil Espinoza

"Te advierto que, si no sonríes, le cortaré la lengua a tu papacito". Ya los petates estuvieron tendidos, los niños con sus ojos saltones vieron como los invitados alegres daban la bendición a los recién casados. La novia cabizbaja, sintió que cada paso le hacía aguar los ojos. Con dificultad, Martina pudo distinguir los lazos azules y blancos ubicados en la entrada de la habitación anunciando el matrimonio que su padre había arreglado, su buen padre ¡cómo accedió venderla a ella! Pero… ¿acaso tenía otra opción? No, no la tenía. Ahora la deuda estaba saldada.

—*"San Lorenzo, San Lorenzo, barbas de oro"* —se desgarraba en el valle una voz. No hubo viento, ni esperanzas durante días; la cosecha estaba perdida. Sus manos cobrizas sostuvieron con dificultad la horqueta para juntar el chileno, *"Mi chaquirita"*, sus piernas temblaban, mientras el frío provocado por el sudor le hacía doler los huesos. Era ya la malahora y Manuel solo había tenido fallidos intentos. Todo en él daba lástima, hasta los perros aullaban al ver el cuerpo espectral de su amo trillando en la era.

La belleza de los médanos y zapotes se opacaban por el hedor del ganado de Manuel en estado de putrefacción.

Él sabía que era cuestión de horas para vivenciar la gravedad del asunto. Don Juan, su patrón de cincuenta años no tendría pizca de misericordia, poco o nada le habría de importar que en sus venas corriera sangre moche; esquivaría con facilidad los bosques de algarrobos para subir a la loma en su caballo, hasta llegar furioso con su filudo machete arrebatándole a su Martina.

—Ya sabes a lo que he venido, no hay cosecha, ¿dónde está la china? —dijo con voz estruendosa Don Juan.

—Ave María purísima, taita, mi chaquirita, no, cómo es posible taita, por el Cautivito de Ayabaca tenga usted piedad de mí. ¡Ay, Katay!, mi niña solo tiene trece años, aún no es una mujer.

Todo parecía envolverse, los zapotes, los médanos, los algarrobos, las chilalas y la carne de Manuel en una sola masa gelatinosa. Ingresó con violencia a su casa y arrebató la alforja que su hija sostenía en las manos.

—Tienes que irte, ahora mismo. No deseo verte nunca más, al igual que tu madre solo me traen problemas, ni siquiera tuvo la gracia de saber parir.

La palabra de todo padre era ley. No hubo reclamos, ni miradas fieras, Martina supo que ese era su destino, desde que sentía en las noches el peso de un cuerpo grasiento asfixiándola con violencia mientras su padre dormía.

EL HUMO DE GUTENBERG

Kelly Laos

«Los bomberos no dan abasto para apagar los fuegos que fueron provocados esta madrugada simultáneamente en las cuatro últimas bibliotecas que quedaban en París», escuchó Olivia por la radio cuando estaba a punto de salir de su casa hacia la Bibliothèque Sainte-Geneviève donde era investigadora desde hacía diez años.

Echó a correr desesperada. Era otra mañana de calor intenso y el olor a humo llegaba hasta el boulevard Saint-Germain. Levantó la mirada y el cielo ennegrecido le recordó aquel tiempo cuando las nubes cargadas de agua cubrían la ciudad para luego explotar en enérgicas lluvias, solo que esta vez la humareda amenazadora hacía que el aire fuera todavía más irrespirable y seco. Habían pasado ya dos años desde el inicio de la sequía implacable en Francia.

La respiración entrecortada hacía que su paso fuera cansado. De repente tropezó y cayó estrepitosamente al suelo justo en frente de Les Deux Magots.

—Olivia, ¿estás bien? —le preguntó Etienne mientras se acercaba corriendo después de haberla visto aterrizar desde su quiosco. Antiguamente este pequeño local era conocido como la Crêperie de St. Germain, pero ahora Etienne solo vendía botellas de agua de consumo humano a razón de quince euros el litro. Era el aguador del barrio.

—Etienne, ¿te has enterado de lo que está ocurriendo en este momento? Entre 1996 y 2025 incendiaron más de cien bibliotecas de París y sus alrededores, bibliotecas de barrio, de todos los credos. Luego, las clausuraron porque la situación era insostenible para el Estado, y mira ahora, Etienne, no hay agua para aplacar estas imágenes de fuego. Los incendiarios no han tenido compasión.

—Tranquila, Olivia —contestó el aguador—, la Generación de la Resistencia ha convocado a una reunión en la Place de l'Institut. Comentan que Tessa, la bibliotecaria, ha entrado en la Bibliotèque Mazarine para recuperar la incunable Biblia de Gutenberg y que aún permanece dentro. Voy para allá, ven conmigo.

—¿Tessa va a recuperar el primer libro impreso de la historia? —exclamó Olivia—. Vamos de inmediato. Ayúdame a levantar.

Mientras se incorporaba, Olivia miró hacia Les Deux Magots y recordó aquellas épocas cuando era un café y solían acudir los intelectuales y artistas como Rimbaud, Hemingway, Picasso, Bretón, de Beauvoir, Sábato, Cortázar, Sartre e incluso ella misma. Recordó que se celebraban premios literarios y noches de jazz. Ahora era un espacio en donde alquilaban cabinas de aire puro y los parisinos acudían a tomar sus dosis porque por causa de la sequía y la contaminación del aire muchos sufrían enfermedades pulmonares. Lejos había quedado la expresión «vamos a tomar un café», ahora se tomaba un poco de aire a precio de oro.

Enrumbaron desde la rue Bonaparte, el silencio hacía que el ambiente fuera más denso. A Olivia le costaba caminar y Etienne la tomaba tímidamente de la mano. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, que todavía producían agua en aquella esquina de l'École Nationale Supérieure d'Architecture con la rue des Beaux Arts, aquel barrio que antiguamente estaba lleno de vida y de

galerías de arte y que ahora se habían convertido en peluquerías caninas, sex shops y tiendas de ropa barata y descartable. Olivia tuvo que sentarse en el suelo tremendamente desconsolada.

—Estamos en 2030 y no puedo creer que se piense que las bibliotecas se han transformado en lugares provocadores y amenazantes, en espacios desocializantes que tienden a separar a las personas de sus grupos de referencia y las vuelven seres individuales y defectuosos para estos tiempos —se lamentó Etienne.

—Alejandría tampoco se salvó —contestó Olivia—. Las actitudes populares siempre han ofrecido resistencia a los procesos de crecimiento intelectual individual. Además, mucha gente ha visto las bibliotecas desde una perspectiva disciplinaria que les invita a mantener una conducta adecuada dentro de ellas. En fin, las han sentido autoritarias a pesar de no ser violentas y eso, querido Etienne, ya no funciona en este mundo nuevo donde los que preservamos y construimos somos unos terroristas, unos parias.

—La ajenidad ha hecho su trabajo y el resultado son estos incendios sin voceros de los últimos bastiones de la cultura escrita que ahora

son un símbolo de exclusión —dijo Etienne—. No puedo imaginar cómo se sentirán los mecenas que han hecho posible que quedaran aunque sea cuatro.

Continuaron su camino y llegaron al punto de encuentro. Tessa había conseguido salir ilesa de las llamas y con ella estaba la Biblia de Gutenberg. Todos miraban la pieza impresa en 1250 que se conservaba en la biblioteca pública más antigua de París, abierta desde 1643. La Mazarine se iba consumiendo por el fuego. La Generación de la Resistencia acudía a los últimos días del papel. Todos tenían la mirada puesta en el fuego y Olivia, en la ribera del Sena donde antes estaban los *bouquinistes*, a quienes habían desalojado en 2020.

—Dicen que de Sainte-Geneviève solo quedan los arcos metálicos —comentó Tessa—. Los bomberos están haciendo lo que pueden pero la escasez de agua los limita, están poniendo por ahora toda su fuerza en la Mazarine. De la Richelieu y Hotel de Ville todavía no tenemos buenas noticias. Solo nos queda esperar. Es posible que lleguen refuerzos de otras ciudades vecinas, pero por lo que he averiguado las autoridades no están poniendo de su parte. Son los mismos bomberos los que están coordinando todo.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Marcel, un viejo paleógrafo de la Mazarine que había acudido junto con otros colegas a la Place de I'Institut—. Hoy la Generación de la Resistencia ha convocado a un encuentro de lectura en la tumba de César Vallejo en Montparnasse. Etienne se encargó de repartir los volantes en el quiosco y algunos habituales han confirmado su asistencia. Dicen que irán algunos jóvenes de la periferia de París; tenemos que estar ahí.

—Es curioso —sonrió Olivia—, unos sienten desprecio por nosotros y nuestro trabajo es objeto de su ataque y otros van al cementerio a leer en la tumba del poeta Vallejo.

—Olivia, por cierto, tu compatriota —replicó Marcel—. Nos vemos todos ahí a las dos de la tarde. No podemos perder la calma. No podemos.

Etienne intentó coger a Olivia nuevamente del brazo para regresar hacia el boulevard pero ella prefirió bajar por las escaleras hasta el río y sentarse en su banco preferido justo debajo del Pont des Arts. Permaneció allí durante una hora en la angustia, en el recuerdo, en el pensamiento del porvenir. Comenzó a sentir frío y creyó ver a la maga de *Rayuela* colgada del puente tirando

piedritas al agua. De repente, en medio de su ensoñación, sonó un trueno estrepitoso. Pensó que quizá la falta de oxígeno la estaba desvaneciendo, y entonces comenzó a llover rotunda y torrencialmente después de dos años en París.

Olivia levantó la cara y se dejó acariciar por la lluvia. Cerró los ojos y no quiso pensar en nada más. Algo en su interior se estaba curando.

Aquella lluvia duró tres días. Fue la noticia del año, ayudó a apagar los incendios y se pudieron rescatar algunos libros que se encontraban en cámaras acorazadas.

Mientras, en el encuentro de lectura en la tumba de Vallejo, la Generación de la Resistencia con muchos nuevos miembros leía:

> Me moriré en París con aguacero,
> un día del cual tengo ya el recuerdo.
> Me moriré en París —y no me corro—
> talvez un jueves, como es hoy de otoño.

EL CÓDIGO DE LA MUERTE

Laurentina Astudillo Agurto

Cuando los fantasmas se retiraron de mi habitación, me quedé sentada en la cama. De mi memoria emergió el edificio en forma de barco azul, anclado en pleno centro de la ciudad; ahí donde conocí a Uriel, Olivia y Emilia. Llegué a este refugio, de sabor atávico, para aligerar el destierro de mi desolada existencia, que se diluía entre lo real paranormal y la fantasía onírica. Cuatro alas blancas es el código de la muerte.

Era un día de otoño cálido, viernes 30 de marzo. Fui a caminar por las calles, avenidas y parques de la ciudad donde deambulaba mi espíritu, imperturbable. Fue entonces cuando observé gran cantidad de personas que tenían cuatro alas de color blanco flotando en sus hombros. Era el signo, que había llegado la hora de su viaje eterno. Escribí en mi bitácora:

Veo Alas en / muchos humanos aquí. / Alas de morto.

En una tarde de verano, acampamos con mi familia en una mítica colina. En la noche, sin que ellos se percataran, percibí una fragancia extasíante que provocó la levedad de mi cuerpo y me guió a una tenebrosa cueva. El guardián de fuego me dijo:

—Estás en la gruta de la piedra del diablo — Mientras me extendía su mano ígnea.

¡Oh! Sorpresa, su mano en llamas estaba fría. Mi conciencia estaba plenamente exaltada, había abundantes flores, mariposas y objetos ancestrales de metales preciosos. Bruscamente, se presentó ante mis ojos Lucifer y me llevó a un subterráneo. Al sentir el calor de fuego grité desesperada, invocando al guía del infierno y del purgatorio. Levanté la mirada trémula y ahí estaba Virgilio. Me entregó un cofre de metal brillante, mientras me decía:

El fuego de la vida solo quema para quien no se atreve a existir en comunión con el otro. Vete —esfumándose entre el fuego. Desperté confusa y escribí:

La mariposa / vuela sobre el fuego. / Fuego harmonio.

Después de este sueño tenebroso; y consternada por el horror de mis luctuosos presagios abandoné mi ciudad natal, para ejercer mi oficio de traducción en otro lugar.

Serían las ocho de la mañana, miércoles de luna llena. Me disponía a salir de mi morada. Al intentar abrir la puerta, fue en vano. Estaba lacrada. En el piso encontré una nota que decía:

—Bruja abominable, agonizarás encerrada, las personas morirán cuando les llegue el momento, no cuando lo digas tú. En el infierno te espera leviatán para bailar contigo.

Fue cuando recordé, que en tres meses de estadía en el edificio revelé a los familiares, de nueve inquilinos, que había visto cuatro alas blancas en sus hombros; y que a la semana siguiente, emprendieron viaje en nefastas carrosas.

A los tres días de cautiverio, escuché un ruido brusco en la puerta de mi habitación. Un alma apiadada había retirado el pegamento de la parte exterior. Apresurada, abandoné el edificio en busca de nuevo alojamiento.

Después de este encierro inevitable, mi vida de primavera entristecida, transcurría de pueblo en pueblo; entre sueños fantásticos y presagios reales que huían de la razón y de los sentimientos.

Siendo las siete de la noche, regresé a mi nuevo apartamento. Después de leer, me retiré a mi dormitorio. Cuando me estaba quedando dormida, la habitación se iluminó y los muebles se empezaron a mecer. Miré con ojos ingentes el entorno, y vi tres fantasmas de apariencia humana. Uno de ellos, en tono solemne en idioma esperanto, dijo:

—Conozco tu poder — a la vez que juntaba las manos a la altura de su pecho——Solo existen tres personas, en cada continente, con tus mismos atributos.

—¿De dónde son ustedes? — Pregunté con voz temblorosa.

—Somos representantes de todos los continentes de la tierra y de ninguno a la vez, porque la humanidad es una sola —enfatizó, mientras lo afirmaba con su dedo índice.

El tercer personaje dijo:

Tenemos mensajes encriptados en los atuendos, interprétalos.

—Lo haré — respondí, mientras observaba detenidamente sus vestimentas.

Tenían el guarismo 9 en su frente. Sus trajes tenían grabadas unas formas esféricas con púas que flotaban y se desplazaban con rapidez de la ropa de uno hacia el otro, indistintamente. Después se aglutinaron en mi vestuario y finalmente se esfumaron. El 9 rotaba hasta parecer 6. Fue entonces que se me ocurrió multiplicarlos y reducirlos a un dígito: 9 X3 = 27, 2+7 = 9; 6 x 3 = 18 ,1 +8 = 9. El número 9 era otro código que mi entendimiento no pudo descifrar. La habitación oscureció y los espectros se desvanecieron. Desperté sobresaltada. Comprendí que era uno más de mis sueños fantásticos. Cuando terminé de dilucidar con mis recuerdos, miré el reloj. Escribí en automático:

Veo formas en / mensaje universal. / Un mikrobito.

Era martes día 19 de noviembre. En la mañana sonó el timbre. ¡Visita! —Dije asombrada—. No tengo amigos en esta ciudad. Seguí examinando mi diario como lo hacía todas las mañanas. Nuevamente el timbre. Deben haberse equivocado de dirección —dije— mientras guardaba mi libreta en el estuche aterciopelado. Esta vez pronunciaron mi nombre. Me pareció reconocer la voz —no puede ser—, no residen en esta ciudad. Serena, abrí la puerta. Ahí estaban Olivia, Emilia y Uriel. Después de una encantadora conversación, se despidieron. Les dije:

—Sólo en lo real se encuentran las certezas —mientras se alejaban de mi vista. En la distancia, reparé que mis tres amigos llevaban cuatro alas blancas en sus hombros....

21 de noviembre de 2018.

EL OLOR DE LA SELVA

Liliana Miranda

En la Isla de los Monos sobre el río Pucate un osado simio rabioso se mostró amigable con Antonia, y trepándose sobre su hombro la orinó; asqueada del tibio líquido empapando su polo y de su propio pegajoso sudor corrió a mojarse en las orillas resbalando estrepitosamente, golpeándose la cabeza. Antonia yacía desmayada mientras Yohamona y Miguel, arreciando el calor, destapaban unas cervezas.

Tanto habían planeado ese viaje a lo inhóspito, monumental y salvaje, que no cabía la posibilidad de encontrar escollos por muy peligrosos que fueran los retos, en medio de esa jungla de incógnitas enclavadas en un lugar para valientes llamado Reserva de Pacaya Samiria. Habían navegado desde Nauta hasta la comunidad Yagua en un lanchón con todo un equipo de servicio solo para ellos y estaban aclimatándose a los ardores, leyendas y mitos de la selva. El golpe no fue nada serio, al menos eso les dijo la abuela sabia del lugar, que le cubrió la cabeza con hojas de llantén y le aconsejó reposar.

Antonia y Miguel confiaban ciegamente en Yohamona, el intrépido guía, el del olor característico a densa humedad agridulce; esa noche cerrada e incrustada de estrellas los llevó a la laguna El Dorado, mientras los arreaba en tenebrosas aventuras de serpientes acuáticas, les contaba leyendas de avezados viajeros extraviados en la selva virgen que perdieron la razón y otros que no volvieron más; ellos, necios y atemorizados, mientras él guiaba los remos de la estrecha canoa que se deslizaba a merced del destino y de las cuencas que acechaban brillantes entre los matorrales; iban sin chaleco salvador. Luego decidieron con mucha expectativa y con la piel erizada buscar nidos de tarántulas, se premunieron de linternas y gruesas botas de jebe, las que terminaron cubiertas de barro hasta por encima de los tobillos. Antonia sentía presión en la parte baja del cráneo. Miguel se preguntaba qué habrían preparado para comer. Yohamona se despidió de ellos pues al día siguiente le tocaba descansar.

Subieron a la empinada cabaña, saborearon los potajes de las manos de Alcira, una buena cocinera, previo baño con agua reservada en grandes cilindros de plástico color naranja. Tomaron uno o más de esos mejunjes llamados

Chuchuhuasi, Siete Raíces o Rompe Calzón, y algún otro licor y se durmieron soñando. Ella, flotaba sin esfuerzo en el lago fresco mientras caían gotas delicadas en su rostro con un intenso aroma a cacao; el plácido sueño se tornó en pesadilla, el monstruo del lago emergió sagaz y le arrancó la cabeza. Miguel ajeno a sus pesares, se reía a carcajadas dormido, recordando que un lugareño le preguntó muy suelto de huesos si él era "calzoncillo flojo".

Rampeando tras un guía desconocido se abrían camino a machetazos. Asediados por mosquitos, untados con densos repelentes, y lagrimeando sudor, iban en busca de la cocha de paiches en peligro de extinción. Con sus papilas aún húmedas del agua de lluvia extraída a las lianas, no imaginaron encontrar a un gigante y amenazador caimán azul como patrón del lugar. Ambos exhaustos, caminaron otras tres horas hasta la lancha acoderada en lugar estratégico que los llevó de vuelta a la cabaña que habitaban esos días.

Después de comer tacacho con cecina, juanes y abundante y exquisita chonta, durmieron a medias, exaltados con los ruidos del lugar y los disturbios de la luna llena, mientras Miguel

se rascaba hasta el ardor las ronchas que iban poblando su cuerpo. Al amanecer, a las cinco en punto en el horizonte, el río Marañón hacía gárgaras de fuego y ellos dos y el lanchero navegaban cautos entre la vegetación y los cientos de pájaros jamás vistos brincando por doquier, era una orgía de color y perfección, dejándolos sin aliento.

Último día, después del opíparo desayuno preparado siempre por Alcira, y con ayuda de Héctor, el lanchero que hacía también de mozo, y a pesar de que la intoxicación de Miguel era cada vez más evidente fueron en busca del lugar donde las confluencias del río albergan mucho alimento. La cantidad irreproducible de delfines rosados y grises que iban descubriendo, era un espectáculo difícil de asimilar por lo grandioso e inesperado, saltaban en perfecta sincronización a los costados de la embarcación, se comunicaban como ellos saben hacerlo y Antonia solo quería chillar de la emoción, aunque tuviera el hombro rajado por la correa del pesado aparato que no pudo soltar. Miguel seguía hinchándose, aún sin medicamentos adecuados; la posta más cerca, estaba en Nauta, a varias horas de allí.

Luego de un intenso día Antonia enrumba hacia su destino; ella, el lanchero, y todo el equipo estaban de regreso, se veían minúsculos navegando el caudaloso y extenso Marañón. Habían decidido que Miguel se quede en la cabaña con un par de lugareños que se ofrecieron a cuidarlo dado lo delicado de su condición. Algunos delfines los seguían haciendo piruetas como despedida, mientras Antonia sin volver la vista atrás descubría atónita un grandioso arco iris doble; hacia la derecha la luna hacia su aparición guiñándole el ojo, deseándole suerte. Eran las cinco y treinta de la tarde de un lunes.

LA AGONÍA

María Eva Oscco Solórzano

Ya habíamos caminado sogas de kilómetros, habíamos bajado y subido cerros, cruzado huaicos desde antes que saliera el sol, las fuerzas parecían abandonarnos, pero debíamos de seguir, sintiendo el peso de la vida y faltando cien pasos al caserío, una imagen casi difusa aparece. Es uno de nuestros ayllus. "¡Ay, caray! tayta Facundo, regreso después de tanto tiempo, el cargo me tiene agobiado, y ahora cómo será nuestra vejez si solo quedamos tres en el paraje de Chariwa. Todos se han ido, hasta las almas nos han abandonado. Solo viento corriendo por las noches se oye".

"Ayer fui a la Municipalidad de Caraybamba. ¡Ay, cuánto he caminado, hasta la barriga me duele! Ya cuando salía con nuestro hermano Feliciano, brindamos algunas copitas y me dijo que estos días nuestros apus no están nada bien y que debemos estar atentos porque prontito tal vez haya temblores en nuestro pueblo y quizá a toditos nos lleve la Pachamama". El silencio recorrió todo el cuerpo de tayta Facundo.

"Ay, ya debe ser la rabia, pero acá al menos estamos seguros". "¡Claro, papá!". "Eso es muy ciertito porque hasta los rayos que nos hacían abrir los ojos ya no son los mismitos, ahora me hace correr a la choza con pasos agigantados hasta dejarme sin alma".

Respiré y me asomé a la sombrita del chilka y sus ramas parecían abrazarme para envolverme en su frescura. Entonces, le miré a los ojos del tayta Facundo, quien andaba apoyado a un bastón y tenía los labios resecos, verde oscuro, y parecía que chaqchaba su coca.

Sentí fuerte miedo porque ya no eran las miradas de siempre y ahora que recuerdo mamá Victu siempre me decía que cuando alguien va a irse a la otra vida, sus miradas son siempre hacia abajo. ¿Acaso el tayta Facundo va a morir? Achachaw. "Tayta Facundo, vienes a la casa para comer alguito, mientras tanto vamos a tomarnos un refresquito como brindando a nombre de nuestro Condoraymiña, nuestro patrón".

"¡Salú, papá!". "Salú, papá, ya te visitaré, muchas gracias, papá". Y el miedo me entró más y más y con voz temblorosa le dije a papá: "Mejor que no venga a la casa el tayta Facundo porque no está nada bien". Maliku, mira.

"Después de cuánto tiempo estamos volviendo. El pobre siempre ha cuidado nuestras vaquitas, chacritas, gracia a él hay vida acá".

Llegando a casa, ya se sentía a olor a mamá… papita sancochada con quesito, lawita de sebadita con payqo. Mamá ya se había adelantado porque Napito, el perrito cuidador de todo, hace días que estaba sin comer. De pronto escucho el eco de la mamacha Venedicta, como si desde el más allá nos gritará.

Agucé los sentidos, eran sus llamadas desesperadas pidiendo auxilio porque su compañero de vida había estado botando espumas y ya no respiraba. Hasta entonces, no habíamos degustado las delicias que mamá había preparado y salimos despavoridos frente a las llamadas de mamacha Venedicta.

Papá nos dijo: "Ustedes vienen, luego yo iré muy corriendito. Seguramente algo malo ha pasado con tayta Facundo". Así fue, cuando estábamos muy cerquita a casa de tayta Facundo, papá sale de su casa y nos dice: "Regresen a casa, no se acerquen" y en eso mamá me dijo que se iría a Caraybamba a traer cosas para la almita y yo me llené de lágrimas porque sentía terror que mamá me dejara y al rato regresa a casa papá y nos dice con lágrimas en los ojos que tayta Facundo había muerto.

Del camino grande nos llama la voz muy fuerte del tío Arísteres, quien estaba acompañado de sus dos burros con carga y su perro, y nos dice: "No regresen a Caraybamba porque ha llegado la fiebre amarilla y mucha gente está muriendo botando espuma; parece que es una enfermedad muy contagiosa".

Mamá, con una voz ahogada, le dijo: "Hermano, Daniel se está quejando de su estómago y al frente tayta Facundo también ha muerto". "Pero, ayer nomás estábamos conversando con mi

hermano Daniel, seguramente se ha contagiado. Hermana tiene que alejarte porque esa enfermedad es muy peligrosa".

Entonces me desesperé porque papá acababa de estar con tayta Facundo, quien también murió botando espuma, grité a todo pulmón pidiendo que papá se aleje de mamá y de mí, pero no me hizo caso y en eso vi sus ojos rojos de papá como fuego que arde, aunque casi siempre lo tenía así porque tomaba su traguito.

Sin embargo, esta vez su mirada ya no fue el de siempre.

Ya por la noche, papá empezó a quejarse que el estómago le dolía insoportablemente, mamá se levantó de la cama, a pesar del frío, le preparó un matecito de muña. Al día siguiente, de muy madrugada, mamá me jaló de la cama con una voz desesperada y entrecortada y le escuché decirme:

"Tu papá, tu papá...". Con tanto sueño y con un imponente frío, aún no entraba en razón. Mamá me sacudió de los hombros y me pidió que saliera de la casa, pero, ya afuera, mamá me

abrazó y con muchas lágrimas me dijo que no entre a casa porque algo muy malo ha pasado con papá. Mi cuerpo se puso más helado que nunca, no podía evocar y solo abracé a Napo porque él también empezó a aullar. ¡Papá, no me dejes! Ayer nomás, papá conversaba con tayta Facundo y le decía que solo quedaban tres en el paraje de Chariwa, pero ahora solo sería uno: el tío Valerio.

Chariwa, aquel paraje donde nací y que por muchos años nos acogió parecía ser consumida por una enfermedad, aquel espacio que nos dio vida y donde mi infancia era más dulce que triste y donde crecí con mis vacas en medio de los maizales, los surcos de papas, habas, las jugosas, dulces y ricas tunas multicoles y qué decir de las fragancias de las amapolas, claveles.

Ese mismo espacio de regocijo, ahora me empuja alejarme con una voz desesperada. “A la ciudad, a la ciudad”. Sí, a la ciudad, a ese espacio próximo a rumor de olas, de gaviotas como una forastera.

DESVELO

Marita Cúneo

Otra noche sin dormir. La luz del sol por las mañanas entraba a través de la cortina. Alumbraba la habitación en forma tenue, lo suficiente para ver los rastros de polvo sobre los muebles que habían sufrido el paso del tiempo.

Martín lo había intentado todo para conciliar el sueño. Se acostó varias noches de su lado de la cama, quieto, con los ojos cerrados y pensando en la nada. Pasaba 1 hora, 2, 3. Se levantaba, salía del cuarto y caminaba por el corredor del segundo piso. Amaneció.

Recordó, también, haber oído decir a una amiga de su mujer que la cura para el insomnio era quedarse en la cama, cerrar los ojos, respirar hondo y concentrarse en cada parte del cuerpo hasta quedar dormido. Martín se echó en la cama, esta vez del lado de su mujer, porque ella se había quedado dormida sobre el suyo. Cerró los ojos, respiró hondo y pausadamente. Comenzó visualizando sus pies, luego sus rodillas, caderas, ombligo, torso… Abrió los ojos. Seguía inquieto. Recorrió las habitaciones contiguas. Amaneció.

Sus amigos le habían recomendado alguna vez tomar alcohol. Salió del cuarto hacia el pasadizo y bajó las escaleras. Se dirigía al bar pero al frente encontró su biblioteca adorada. Pensaba en abrir una botella de vino pero al ver sus libros titubeó. Decidió quedarse sentado en el sillón color verde limón y contemplar cada una de sus obras; los distintos tamaños, los colores vivaces y los títulos que tanto decían de él. Una sombra lo distrajo. Era Bastet. Su gata apareció de pronto y se sentó frente a él. Lo miraba fijamente. ¡Qué hermosa y vigorosa la veía! Le regaló unos suaves ronroneos y luego de unos minutos se quedó dormida. La contempló con devoción un largo rato. Amaneció.

Bastet se despertó, lo miró con ternura y se dirigió al segundo piso en busca de algunos rasgos de vida. La siguió subiendo cada peldaño, sintiendo el aroma y la presencia de la persona que aún lo amaba. Ahí estaba ella en pijama, con más edad, mirando una foto de Martín frente al espejo. Ese espejo que ya no reflejaba ni su figura ni un nuevo amanecer.

POLIFONÍA OCULTA

Miriam Rocio Guevara Garcia

A Rafael Curci, por enseñarme a mirar.

Abren la puerta, es ese tipo que ingresa otra vez al cuarto. Me concentro y no respiro, no quiero llamar su atención. Inspecciona con la mirada mi pabellón, su dedo roza mi piel, pero no me alcanza. Se lleva a Israel, la señora de rostro colorado. Ahora se pasea por el área verde y coge a dos de allí. Veo la ejecución de todos: no hay llanto ni sangre. No hay tiempo para eso.

—¿Acabaré igual? —Pienso. Oigo la puerta por segunda vez, sudo en frío. Es una mujer. No la he visto antes. Me coge entre sus dedos largos y me mira con extrañeza. Aprieta mi rostro y lo escudriña con insistencia. Hunde sus pulgares sobre mis ojos hasta hacerme llorar. Del tajo de mi boca triste, esta boca triste con la que nací, expulso una agria sustancia que ella limpia como a un bebé. Mátame de una vez —le digo—, pero no me oye.

Me pone sobre la tabla y me observa en todos los ángulos. ¿Qué tanto busca?, me pregunto. Mi sangre se congela y quietecito, del miedo, me empiezo a poner morado. Me muevo un poco del sacudón de nervios. Otra vez su mano dispuesta a lanzarse sobre mí, con su sombra y su premonición.

Quiero cerrar los ojos, pero no puedo. Toda mi desgracia se condensa en mi rostro. Porque nadie nace con los ojos abiertos y la boca triste siendo un durazno, presagiando su suerte desde la caída del árbol hasta la inminente hora, sobre el madero de muerte, en la cocina.

Pido por mi vida, pero no me oye. Me niego a creer que vaya a acabar igual que todos. No quiero irme así —me digo— ¡Debe haber algo más antes de morir! Expulso un líquido oscuro y llamo su atención.

La mano se detiene, deja el cuchillo a un lado. Los ojos pardos me miran con compasión. Me ve. Por primera vez me ve. Empieza a juguetear con sus dedos como queriendo hablarme, los

ondea y en ágil danza comienza a proyectarse una sombra sobre el madero, un cuerpo que avanza y se contonea hasta tocarme con la penumbra sutil de su anular.

Ocurre el milagro: me muevo, bailo, soy un cuerpo junto a esa ánima que conversa conmigo sobre la tabla de picar. De pronto, la mano se pone afinar un instrumento invisible sobre mi pecho. Unas notas graves empiezan a salir.

Es un adagio en Sol menor en violín.

—No sabía que guardaba una canción dentro de mí.

—Todos poseen una.

Y en sincronía, continuamos tocándola hasta que caiga el cuchillo.

LA BELLEZA DE VIVIR

Orquídea

Se ocultaba feliz entre las verduzcas hojas del hinojo, parecía querer mimetizarse, al menos yo tenía esa impresión, había observado sus cambios durante varias semanas. Cada vez quedaba más encantado, pasó de un ser horrible a un ser cautivador.

Cuando me percaté de su existencia, podría decirse que hasta era un ser nauseabundo; pero ¿cómo me di cuenta de que estaba, entonces?

Había ido a esos prados a descansar después de un arduo trabajo y de un análisis profundo de mi existencia, a pesar de mi corta edad. Esa tarde solo quería despejar mi mente, pero, ¡ahí estaba! Era aún gris, justo como me sentía aquel día y en aquellas noches de soledad.

De pronto, escuché un pequeño susurro y ¡oh maravilla! Vi como ese ser tan gris y solitario, tejía un cinturón que le servía de anclaje; se agitaba y su piel resbalaba de la cabeza hacia abajo; y producto de esto: ¡una crisálida! Digna de llevar un nombre: Mágica.

Mágica permaneció cinco días en ese estado de crisálida traslúcida, pero siempre tuve la duda si se acostumbraba al cambio. Al llegar al quinto día y sentarme en el mismo lugar como el resto de veces, hacía una analogía con nuestros cambios; por estos pensamientos, es que la gente solía decirme que era un niño distinto, tal vez, el trabajo y la soledad del campo me hacía formarme así. De pronto, Mágica me respondió con un sonido que parecía un deleite a mis oídos, su mágica voz me enamoraba, como su nombre.

—Tengo miedo —me dijo— y me siento extraña conmigo misma; me gustaba la tranquilidad de mis días, estaba acostumbrada a mi anterior atuendo, vivía lento, iba a mi ritmo, porque pasaba desapercibida y nadie me ve veía.

—Entonces, ¿por qué decidiste cambiar? —Le pregunté atónito.

—No lo hice yo, sólo se dio, me negué al inicio, ¡tú no comprendes nada! —Me dijo y dicho estas palabras se escondió.

A la mañana siguiente, la busqué cansado, me senté en entre el arbusto, vi algo a lo lejos y me acerqué abriendo camino con mis manos, como si fuesen hachas, caminando en premura y con el corazón acelerado.

—¿Eres tú nuevamente? Estoy acá arriba —su voz era algo distinta, pero no sólo su voz, sino también la bolsa con la que estaba envuelta. Mágica casi era transparente, podía ver en ella un color, ¡qué digo uno!, ¡muchos!; entonces, escuché otro ruido y ante mis ojos presencié una magnífica experiencia. Salió de esa envoltura, poco a poco, algo tímida, no era más una crisálida, ni mucho menos una larva como la conocí, era una mariposa colorida que me sonreía; y en un parpadeo mío, se esfumó.

A la mañana siguiente, me dirigí a mi chacrita. Entre los hinojos vi cómo se enseñoreaba ante mí y me obsequió una danza espectacular. Sus movimientos eran elegantes en el aire. Quedé boquiabierto y prendado de ella, y no sólo de sus contorneos sino también de sus colores; esos colores que necesitaba para mi alma, para darle

incendios y matices a mi vida. Mágica, mi mariposa, cambió y yo seguía gris. Y creo que el horrible siempre fui yo.

—Sigues angustiada —le dije.

—¡Ya no! —me respondió con una voz aquietante—. Le sonreí a la vida, a mi cambio, tengo más compañía a mi alrededor y mis antiguos amigos siguen a mi lado, todos me aceptaron: es el vaivén de la vida.

En ese momento comprendí que yo también necesitaba cambiar de vestiduras, aunque al final seguiría siendo el mismo.

Mi alma pueril de niño, se enamoró. ¿Se enamoró de Mágica? Sí, pero se enamoró de la vida y de la muerte; de la alegría y la tristeza; del ocaso y de la aurora; de lo colorido y de lo gris; Y, al fin, medité: es que somos complementos. Veo a mi Mágica con un suspiro en el aire, de esos de los que te acorta la respiración. Como en un ensueño de la vida, ¡me mostró la belleza en cinco días y lo increíble de vivir!

NEKO

Pacífico Otamego

Cuando Kumiko rechazó mis sentimientos eufóricos, corría a encerrarme en el almacén de El padrino, ahogué los gritos en la garganta y caí al suelo convertido en un gato. Un tierno felino de cabeza triangular logró penetrar en su corazón, al verme hecho un ovillo entre los sacos de harina, tomó entre sus brazos mi piel amarilla y me llevó a su viejo departamento de la calle Panamá.

—¿No es lindo este gatito? —Kumiko miraba a Fabio con amor—. Le llamaré Neko. Los dos cuidaremos de él.

Mientras ellos se acariciaban bajo las sábanas, comprendí porqué Kumiko terminaba sus labores apresurada, limpiaba el mostrador y salía antes de cerrar El padrino. Estudiaba administración y llevaba siempre varios soles en la boca, su calidez no se comparaba con la del horno que doraba a los baguettes. Al entender que mi bondad expresaba un sentimiento eufórico, me arrojó el delantal al rostro y se precipitó al tocador. Viejo asqueroso. El ser humano es voluble y

ambicioso, aspectos que delimitan su felicidad, por eso decidí convertirme en aquella criatura inmortal que tanto adoran sus ojos. Carne de hígado sobre un plato de acero, un tenue ronroneo que obtiene como recompensa una caricia en el lomo, el placer de Orfeo entre sus piernas y verla llegar de la calle con un tesoro en su mirada.

Ese día me despertaron ciertos gritos, mi conciencia humana se había debilitado y no entendía las palabras. Unos papeles sobre el piso, un golpe seco y alguien que se alejaba por la calle. Los vagidos de Kumiko se mezclaban junto con los ronroneos de Neko, ¿era posible que las palabras del médico destruyeran tantos años de amor sincero? Fabio demostraba amor sincero por la perpetuidad de su apellido. Unos días nebulosos y solitarios opacaron los soles de su boca, mechones de cabello se diluían en la regadera, escamas brotaban de una piel marchita y el plato de acero permanecía vacío.

Las tripas se revolvían dentro del vientre, mi olfato gatuno buscaba algún sustento vital, pasos silenciosos hacia un charco humeante, una lengua áspera sorbía el líquido tibio que goteaba de unos dedos afuera de la bañera.

CHOCO

Quique Sume

Dicen que soy un perro de la calle, aunque casi todos me llaman Choco. Sí, soy un Choco. No conozco más que estas calles y callejones. Siento que a veces me ven con ojos tristes, pero no entiendo el motivo… ¿Por qué ese hombre ataca a María? ¡Ella está en peligro!

Ya son años que me dedico a este oficio. Y aunque suelo recurrir a la improvisación; según mi experiencia, sé que es mejor estudiar los movimientos de mis víctimas. Por ejemplo, esa mujer que viene suele andar sola por esta calle alrededor de las seis y media de la tarde. Perpetro el ataque a esa hora. Pero, algo se siente fuera de lugar… ¡Un perro! Vaya error de cálculo. Siento cómo sus dientes se aferran a mi antebrazo con ferocidad. La mujer se ha desmayado y el perro sigue aferrado a mi carne. ¡Maldición! ¡Si no fuera por este animal…! Resbalo y en el piso aún continúa nuestra lucha. Si tan solo tuviera un palo o algo, le daría de alma. Alguien se acerca. Quizás con esta oscuridad no vea a la mujer.

Faltan unas horas para terminar mi turno y cuando llego a la esquina veo que hay unos ruidos extraños por allá. Me acerco con cuidado, pensando cada movimiento y tratando de no estar nervioso. «El barrio es tranquilo», me decían; sin embargo, apenas voy una semana de guachimán y ya me tengo que exponer al peligro. ¡Por qué aún no se prenden las luces de los postes! ¿Hay un apagón?

Apenas distingo dos sombras luchando en el piso. Saco mi arma y mientras me acerco cada vez más, logro ver que es un perro atacando a un hombre. Ese can me mordió la otra vez ¡Ahora va a ver! Me las voy a cobrar y de paso ayudo a alguien. Dos pájaros de un tiro ¡Pum! A ver…, creo que sí logré saldar cuentas.

Pero ¿por qué huye el hombre? Enciendo mi linterna y recién me percato de la mujer en el piso. Que el otro se vaya, trataré de despertar a la señorita.

Alguien me habla, creo que es el nuevo guachimán. Al parecer me desmaye por el susto. «Señorita, ¿está bien?», me pregunta. Abro los ojos y le respondo que sí. Le cuento lo ocurrido, sobre

el ladrón y sobre Choco, mi salvador. El joven se puso pálido, nervioso. ¿Que hay a sus espaldas? Me fijo bien y es Choco herido de muerte. Un nudo se forma en mi garganta, el corazón me duele y lloro. ¿Por qué te pasó esto? Tranquilo, amigo mío, todo estará bien. Irás con Dios, ya no te pegarán ni te gritarán. Volverás a ver a tus amigos en el cielo. Se hace la luz y a mi mente viene la imagen de un Choco cachorrito todo marrón y juguetón, un perro feliz.

Me siento débil y me cuesta respirar. Es raro, María, siento que ahora te entiendo y que tú me entiendes. Sí, amiga mía, todo estará bien, pero ahora tengo mucho sueño. Cerraré los ojos y sé que soñaré que juego con mis hermanos, como en los viejos tiempos…

RODRÍGUEZ

Saussure Figueroa

La mañana en que mataron al suboficial Dante Coronado, su madre se había despedido de él con un beso en la frente, como lo hacía cuando era niño.

—No sé qué se me dio, pero un beso no se le niega a una madre —le dijo su mamá.

—Coronado, hoy no vino Rodríguez —le dijo el comandante Miranda al llegar a la comisaría—. Te toca cubrirlo en Parinacochas con México Esa zona es tranquila. Aprovecha para que te foguees, estás mocoso todavía.

Dante caminó por México rumbo al cruce, pasó por debajo de las vías del tren eléctrico en Aviación donde se detuvo a mirar a los costados. Un *station* plomo lo seguía desde hace unos minutos.

Dante aceleró el paso mientras llamaba por teléfono insistentemente a la comisaría, pero nada. Solo sonaba la contestadora.

—Comandante Miranda, hace un rato, me viene siguiendo un auto...

El arma que le pusieron en la nuca fue suficiente para que inmediatamente dejara de hablar. De pronto no vio nada. Solo sintió un único y agudo dolor que lo tumbó.

Cuando empezó a despertar se encontraba sentado en el piso, solo escuchaba murmullos ininteligibles. Dante, no entendía nada. Intentaba hablar, movía la boca, hacía gestos, intentaba gritar, pero ningún sonido salía de su boca.

Se encontraba en un cuarto oscuro con un grupo de hombres que vociferaban y gritaban extasiados con su presa. Uno de ellos se acercó a Dante para quitarle la bolsa que le tapaba la cabeza.

—Quiero que sepa quiénes lo van a matar —gritaba.

—¡No! No le quiten la bolsa de la cabeza. Con calma. Que sienta el terror.

—Dijo el hombre gordo de jeans y bividí que estaba sentado en un sillón puesto exactamente frente a Dante—. Rodríguez, solo dinos ¿qué fue de nuestra parte?

Dante no podía creer lo que escuchaba. Al parecer el suboficial Miguel Rodríguez pertenecía a una banda delictiva y este les daba su parte del dinero.

Por más que intentó gritar y decir algo, ningún sonido salía de su boca. De pronto sintió un golpe directo al hígado que lo hizo quedarse sin aliento.

Seguía sin poder emitir sonido alguno.

—Bien. Miguelito, ya sabes lo que pasa con los tombos traidores —dijo el hombre gordo mientras se incorporaba del sillón y apuntaba con su revólver a Dante—. Que te pudras en el infierno, Rodríguez.

Y apretó el gatillo.

El corazón de Dante se detuvo. Por un segundo lo invadió la desesperación y se creyó muerto, pero el revólver estaba vacío.

En ese momento, la rabia y la adrenalina lo poseyeron tanto que pudo al fin gritar con fuerza.

—¡No soy Rodríguez!

Desconcertados, los hombres le quitaron la bolsa y lo vieron.

—Imbéciles, ¿a quién me han traído? ¡Quítenle sus documentos! —Dijo el hombre gordo.

—¡Sub oficial Dante Coronado!— Gritó Dante bastante agotado.

El hombre gordo se acercó y agarró de los pelos a Dante.

—Mira, infeliz. Vas a ir a decirle a Rodríguez que me dé mi maldita parte del trato. O sino, nosotros mismos vamos a ir a pedirlo en persona y no le va a gustar.

Inmediatamente taparon a Dante nuevamente con la bolsa y llevado en auto hasta la puerta de la comisaría donde fue arrojado del *station* en movimiento.

Con la ropa ensangrentada por la caída y con pocas fuerzas, Dante entró tambaleándose a la comisaría. Al parecer no había nadie.

—¡Comandante Miranda, comandante Miranda! —gritó Dante.

El comandante Miranda, salió rápidamente de su oficina, cogió entre sus brazos a Dante y lo llevó al cuarto de interrogados.

—Aquí hay más aire, Coronado; ¿qué le ha sucedido? — Preguntó Miranda.

—Me secuestraron, estuve en un cuarto, me golpearon, mencionaban a Rodríguez… Mi comandante, parece que es parte de una banda…

De pronto, el sonido ahogado de un revólver con silenciador detuvo para siempre la narración de Dante.

El comandante Miranda, guardó el revólver, sacó su teléfono, marcó un número y esperó hasta que contestaron.

—Gordo imbécil, no debiste entrometer al chibolo, no tenía nada que ver.

LOS ENFERMOS

Yasmany Ccaccaño Vargas

Casilda, anciana y desconsolada practicante de amargos brebajes en nuestro pueblo, recordaba al Tocho como el cabal plebeyo que había sido antes de entrar en la fosa. Los delirios de la bruja hacían alusión a un pacto entre él y Satán:

—*No es sabido porque no es escuchado* —decía con resignación y lamentando su existencia—. *Escogen el silencio sin digerir juicio. No hay valor en este pueblo; estamos enfermos de miedo*.

Se hallaba con nosotros el tiempo en que el sol divagaba como sombra malagüera. Los días eran apagados por las grises tardes, y oscuras nubes nos advertían llevar en el bulto, ceras y mecheros para que alumbrarán la noche larga, y que lentamente se daría paso al sórdido y rancio amanecer de nuestro pueblo.

En una esquina de la rotonda, desfallecidos, hombres y mujeres que apenas rondaban la adultez y que habían abusado en prole, más cadáveres que seres humanos, aguardaban la llegada

del viejo colectivo; un destartalado furgón de ruedas gastadas, armazón oxidado y ventanas sin cristales, era la máquina de transporte semanal conducido por el mamado Tocho. Con aliento a destilado, zigzagueaba por la carretera surcando barrancos y desorientados caminantes. El avezado conducía la hojalata haciendo retumbar su corneta para hallar dispuestos a sus viajantes. Estos débiles humanos tenían mala cara. Erguidos y algunos agachados, dirigían la vista únicamente hacia adelante, y rara vez a los costados moviendo todo el esqueleto, cuando el deber los obligaba. Lentos y ajenos a lo que ocurría a sus espaldas, aquellas miradas terminaban en sendas inalcanzables. Sus rostros no reflejaban ni estimación ni desprecio; ni memoria ni porvenir. El solo hecho de estar vivos les parecía una carga. No quedaba siquiera —si alguna vez lo hubo— indicios de fe en la cruz de cedro que se hallaba en la cima de la pequeña montaña de aquel oscuro pueblo.

Eran criaturas hambrientas, analfabetos en toda materia, pero con suficiente conciencia sobre el miedo para entender que merodear la fosa negra, hallada a media milla del pueblo, significaba tener los días contados. Carentes de valentía, accidentalmente el Tocho había caído en ella;

y también había conseguido salir de aquel hueco sin rasguño, más con el rostro y los años envejecidos. Las zonas blancas de sus ojos habían cambiado a un tono rojizo, sus dientes eran amarillentos y gastados, sus arrugas en el rostro denotaban a un decrépito carcamán, que, a duras penas cargaba con sus treinta años. La fuerza de su voz y sus brazos, no coincidían con el cuerpo encorvado y el rostro de diablo que revelaba. Pero ya dije que la preocupación y la valentía eran ajenos a estos caminantes.

La nigromántica Casilda contaba a los que escuchaban, a los dos o tres bastardos que oíamos atentamente, las historias sobre los adelantados y guardados bajo tierra, y que, en tiempos anteriores nuestra aldea se había formado por contrayentes desterrados de un lejano y contiguo pueblo. Cada uno de estos erigió su vivienda alrededor de una pampa colindante a un canal de agua. Cinco voluntarios se ofrecieron a traer de un lejano municipio, la Santa cruz y a San Judas. Los rumores de la conversión, y quizá la obediencia a la orden religiosa, traería bendiciones a los malditos de esta comarca.

Trajinaron durante un mes de lluvias a lomo de mula. En la travesía de retorno, entrando al pueblo, el aguacero provocó el derrumbe de media montaña, enterrando la caravana de ídolos, mulas y muleros. Solo uno de ellos había conseguido escapar de la avalancha. El asustado menesteroso, galopante, continuaba su escapada ante sucesivos derrumbes. Dentro de una vieja alforja que colgaba de la mula, se encontraba la cruz de cedro. La mirada del hombre se había clavado en el objeto. Su miedo le hizo pensar en la deidad y en su animal, quien por suerte y piedad del amo, que no contaba con un sacatripas, conservaba su miembro, —y no como los otros castrados— por lo que había salido disparado como quien se dispone a montar una yegua.

Mencioné ya que la gente despedía expresiones de miseria, si no era castigo de ídolos sepultados en el olvido, pues en tierra de santos no hay lugar para herejes, y habría sido conveniente jamás haber olvidado la misión cristiana, ya que parecíamos condenados a la desgracia y el olvido. Hasta los escuálidos perros ladraban a sus dueños, confundiéndolos con espectros de media

noche. Ya nadie despertaba con el sombrío amanecer. Los gallos, que eran puro pellejo, solo cacareaban cuando les torcían el pescuezo para entrar en la olla. Los ancianos, menudencia contada, reposaban en piltras gastadas hasta que las hijas o nueras volvieran de su laburo, a viandarles de caldos y mates. Algunos de estos achacosos, con arrugas en las arrugas, de ojos albinos y escarlata, padecían en absoluto silencio por el terror del pueblo. Y más tarde, con la bravura que habían detentado cuando mancebos, y con la voluntad de aceptar finalmente la proximidad del más allá, escogían, a gracia del perdón sobrehumano, marchar hacia la fosa. Andar hasta el hoyo y dejarse morir, al menos era un aval para no lidiar con sus demonios en la vida divagante que llevaban; sus almas no padecerían tormentos, y hallarían consuelo en los dominios del creador de la cruz.

A la par de los ancianos, la imberbe prole resistía al duro oficio de embuchar con vehemencia los míseros pucheros, sin que los perros les robaran ni medio hueso. Era una tarea diaria, puesto que la chatarra con ruedas llegaba entre media tarde, pasado seis oscuros días. El resacoso

Tocho, a punta de artimañas conseguía andar hasta su destino; llevando muertos y trayéndolos de la misma forma con algunas cosechas. Ya lo saben: sin reclamos ni reintegro de provisiones pagados por el servicio de acarreo.

La vieja Casilda pasaba sus noches parloteando que "*su hora estaba cerca*". Ya no creíamos que eso fuera posible, porque sus pócimas hechas de raíces habían causado que sus grandes ojos no terminaran de cerrarse cuando conciliaba el sueño. Era como si aun después de entregarse a su delirio, estaría vigilante de lo que sucediera a su alrededor.

La ironía del Tocho sobre la muerte causaba un resignado miedo en los aldeanos; la necesidad de los menesterosos los conducía hacia el viaje de la muerte cada semana. Nadie ofrecía afecto ni repudio a la cruz de roble. Los viejos, en su último respiro, se fortalecían para morir en la fosa negra. Casilda, con sus ojos de espanto y sumida en alucinaciones, invocaba el socorro de sus ancestros. La prole y los perros comenzaban a comerse mutuamente, mientras los días eran apagados por las oscuras nubes.



Serie
TALLERES VIRTUALES

ISBN: 978-612-4395-24-6